

CRÓNICAS

JUAN MUÑOZ. RETROSPECTIVA

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, 21 de abril-31 de agosto de 2009

*“Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio
en el cielo como por media hora” (Ap. 8:1)*

La exposición que ha recorrido la Tate Modern (Londres), el Museo Guggenheim (Bilbao) y la Fundación Serralves (Oporto), se ha instalado en el MNCARS de la mano de sus comisarias, Lynne Cooke y Sheena Wagstaff. Con sus más de cien obras, se trata de la retrospectiva más completa dedicada a Juan Muñoz. Habría que añadir también que se trata de una muestra muy cuidada cuyo contenido, a pesar de estar concentrado principalmente en una de las plantas, las desborda, derramándose por otras zonas del edificio, desde el jardín hasta los pasillos.

Los hitos más importantes de la carrera del artista están representados en el museo. Así, se pueden encontrar obras tempranas en las que un pasamanos, una escalera, un minarete, aparecen suspendidos en la pared, dando lugar a una arquitectura interna imposible, amenazante, incluso. Y se va deambulando entre las más recientes, pobladas de seres grises clónicos en pie, sentados, acostados, pendiendo de un hilo, despeñándose por unas gradas.

Se ha destacado el componente teatral y narrativo de las obras de Juan Muñoz, se ha comparado su obra a los textos de escritores como Jorge Luis Borges, se ha hablado de su relación con las elaboraciones del barroco. También se pueden encontrar en ella reflexiones sobre el arte, sobre la representación, sobre las relaciones humanas, sobre la comunicación. Pero, además, se hace patente un fuerte poso del cine y de los relatos de suspense en la elección y la configuración de las escenas, en las emisiones radiofónicas y los entornos elegidos para su audición, en definitiva, en el lugar elegido para el espectador.

Cuando estamos ante algo que nos recuerda a la pieza de un puzzle, nos resulta difícil no pensar que configura una imagen mayor y, sobre todo, completa. Nos movemos por la sala, nos aventuramos en el suelo de damero, nos acercamos a los labios que se mueven, nos miramos en el espejo junto a una enana, contemplamos nuestra sombra, alzamos la vista más allá del cristal, avanzamos entre tentetiosos, nos hundimos en el contenido de una vitrina, en la luz, en la oscuridad, escuchamos, atentamente..., quizá hasta nos atrevamos a hacernos una foto. Las historias de intriga nos han enseñado a buscar pistas, a interpretar imágenes, a acechar sonidos, restos, rastros, pistas que agarrar por la cola para sentirnos satisfechos, para poder salir.

La habitación está llena de seres sonrientes, encontrándose infinitamente, a pesar del inicial componente lúdico de *Many times* el conjunto nos inquieta. Pronto notamos que algo no encaja: todos los rostros son idénticos, nadie habla, los seres son de un tamaño ligeramente inferior al natural, sus cuerpos nunca estuvieron hechos de carne, no tienen pies, su boca está sellada en la

sonrisa. No se moverán. Jamás se movieron, ¿o quizá sí? Como las figuras de quienes murieron en la erupción del Vesubio, los cuerpos de Juan Muñoz están hechos con el molde de otros. La sombra, la huella de lo que fue, permanece, como una concha vacía. Pero aquí, no hay pasado.

La comunicación es imposible, el movimiento también. A pesar de su nombre, o precisamente para poner en evidencia la realidad (y lo convencional) de su origen en la tradición pictórica, sus "Conversation pieces" están formadas por seres que no se relacionan entre sí, que nunca se caerán pero que tampoco podrán escapar de donde están. A fin de cuentas, así ha de ser con las estatuas, otra cosa aterrará tanto como la figura del Comendador en su cena con Don Juan.

La risa, la sonrisa, los gritos y las miradas se congelan, están cosidos y llenos de arena, de aire. El circuito del trenecillo con las figuras está cerrado, lo que dicen dos figuritas en una sala es una cinta que vuelve a empezar cada vez que termina, no hay ratón que salga del agujero. Las *Hanging figures* penderán siempre sin motivo, los seres colgados en sillas reirán en silencio, ignorantes de su peligro. Todo se repite porque todo sigue siendo lo que era, lo que es.

La identidad, la memoria, el recuerdo, el relato (falso, verdadero), están contruidos de retales, de fragmentos, la realidad troceada puede ser figurativa pero por ello no deja de ser opaca. No sabemos cómo suenan los tambores que nadie llegará a tocar, no sabemos qué voz tendrán las bocas sin cuerpo, ni qué hay detrás de una cortina en trompe l'oeil. Según Plinio, Zeuxis tampoco pudo saberlo. El autor nos asegura *Lo vi en Bolonia*, igual que un programa de radio nos conduce en un recorrido hacia lugares que nunca han existido (*Building for music*). El tren descarrilado de *Derailment* bien pudo haber sido hecho en 2001, nosotros, que ahora lo miramos, que lo acompañamos, somos otros.

Las creaciones de Juan Muñoz proporcionan una extraña sensación de pesadilla blanca, de historia sin final, probablemente también sin principio. Con ellas, estamos justo en el momento que separa un suceso de otro. Soledad y silencio.

Sólo cabe esperar o imaginar.

NOEMI DE HARO GARCÍA
Real Academia de España en Roma